

## LITERATURA

### Agustín Fernández Mallo, el hombre que escribió la mejor novela del año 2006

**28.01.2007** En 'Nocilla Dream' sale mucho Carson City y el árbol de los zapatos colgados. Salen las carreteras y los desiertos, la desolación, la física nuclear y el miedo. Sale el mundo. Y, de pronto, ha sido elegido como el gran libro de 2006. Casi nada

JOSÉ MIGUEL A. GIRÁLDEZ

Esto es una novela, o quizás no. Es un experimento. Y, desde luego, se trata de un proyecto. El Proyecto Nocilla, del que Fernández Mallo asegura que tiene ya escritas las otras dos partes. Te pones a leer y ves que es algo diferente. Un salto en el vacío o la purga de su corazón. Una cosa intelectual o el sueño de la física nuclear en las mañanas de hospital. Un libro de zapeo. Una alabanza y gloria de Wittgenstein. Lo que sea. Lo que sea. Pero los de la editorial Candaya pueden estar felices: Nocilla Dream (con prólogo de Juan Bonilla) ha sido elegida por la revista Quimera como la mejor novela del año pasado. Otros han dicho que está, desde luego, entre las diez mejores. Fernández Mallo, poeta sobre todo, contesta desde Mallorca, aunque es de A Coruña, con una sinceridad tan aplastante que, a veces, se ve obligado a llevarte la contraria.

– Gallego, pero residente en Mallorca. Por razones profesionales, todo hay que decirlo.

– Sí, llevo ya unos once años por aquí.

– Pero desearía venir más por Galicia, evidentemente.

– Hombre, la verdad es que, si hablamos de la morriña típica gallega, pues no la tengo.

– Algunos dicen que esta obra suya es como una suma de los comienzos de varias novelas. En 'El Cultural' dijeron que en esta obra "cada página es un disparo lleno de poesía y desolación, un relato que podría ser el origen de otro libro...". En fin, aseguran que los autores son los menos indicados para describir sus obras, pero, haga un esfuerzo y dígame, por favor, qué demonios es 'Nocilla Dream'.

–Yo no lo sé definir muy bien, en efecto. Tal vez son esas cosas que dicen. Vivimos en un mundo fragmentado, y entonces el libro refleja exactamente eso. Yo lo escribí como me venía, de verdad, no hay una estructura pensada.

– A pesar de ser un libro que no sigue los cánones de la novela clásica, ni de lejos, hay que decir que se lee muy bien. Está lleno de hallazgos y de ideas para el lector. Es una especie de sucesión de fotogramas, hay casi más imágenes que palabras.

– Sí. Yo vengo de la poesía y no sé hacer novelas con una trama clara. El hilo conductor es la metáfora de la soledad de los desiertos, las personas que viven en el límite de lo social y que, a su manera, también son un desierto.

– Se supone que habrá algo de su biografía, de su experiencia, en todo esto, ¿no?

– Pues no, lo cierto es que no. La única experiencia personal es que al principio hay un accidente y yo tuve un accidente en Tailandia, me rompí la cadera y escribí el libro allí, en la cama de un hotel, prácticamente sin poder moverme.

– Recuerda usted a Carver. Una cita suya, muy divertida, está al comienzo de su libro. Bueno, el realismo sucio y todo eso, ya se sabe, los personajes perplejos, las atmósferas densas de flor de cuchillo. No querrá usted hablar de sus influencias.

– Que nadie piense que el libro tiene algo que ver con el realismo sucio, porque no es así. Pero dicho esto, Carver es un grandísimo autor. No tiene mucho que ver tampoco con sus cuentos, pero sí con su poesía, que me gusta mucho. Es una poesía en esta línea, digamos que se trata de la realidad desenfocada, un poco a la manera de David Lynch.

– Ahora que cita al gran Lynch. Leí en alguna parte otra entrevista suya en la que citaba una frase de Aviador Dro, "la televisión es nutritiva". No sé si lo será o no, pero, ¿quizás tiene que ir la literatura de hoy más por el camino de la televisión, por el cine, por el trabajo en equipo, por la inexistencia de la firma?

– Bueno... son muchas preguntas en una... pero sí, tengo que decir que la televisión para mí es una fuente

de inspiración. Pero más para mi poesía que para mi narrativa. Hay anuncios publicitarios que son poemas de veinte segundos. Veo poesía publicada que es menos poesía que la de los anuncios. Y por eso para mí la televisión es muy nutritiva. Yo, en ese hotel de Tailandia, con la cadera rota, no paraba de ver televisión, aunque no entendía casi nada. Zapeo y más zapeo. Yo escribía y tenía el paisaje de la tele al fondo, como en un tren. Es que yo veo mucha televisión.

– Hasta el punto de que, en otra entrevista, decía que encuentras muy poéticos a ‘El equipo A’ y a ‘El coche fantástico’... Y luego están sus citas de Wittgenstein. Mucho juego del lenguaje es lo suyo.

– Sí, creo que sí. Yo introduzco elementos que no son convencionales, me los apropio y los meto en poemas o en la novela. Eso lo hago, por ejemplo, con las cosas científicas. Ya Duchamps metió un urinario en un museo y lo convirtió en arte, ¿no?

– Utiliza materiales de la realidad tal y como se los encuentra. En el cubo de la basura o en la papelera del barrio.

– Sí, es eso. Pero yo no hago colajes sin más. En la yuxtaposición hay que trazar un hilo metafórico que lo une todo, que le da sentido a todo.

– Uno de los iconos del libro es la surrealista imagen del árbol y los zapatos. ¿Es una metáfora de la desolación?

– Sí, digamos que sí. A mí la idea del libro me vino como un flas, como me viene siempre. Fue cuando vi en el New York Times la historia de este árbol, en medio del desierto de Nevada, cargado de zapatos. Y nadie sabe por qué están ahí. Eso me pareció una imagen muy poética. El triunfo de lo vertical en el desierto plano.

– Leyendo su libro uno ve que la experimentación no es tan nueva. Está Sterne, por ejemplo. O James Joyce. Y luego Borges, que parece ser todo para usted. Concluiremos que es usted un posmoderno, o así.

– Como casi todo hoy, uno entronca con lo posmoderno. Muchos han hecho esto, en efecto. Creo que la diferencia está en que ahora jugamos por jugar, sin utopías, como Borges. Este sí que es el que más me ha influido.